



## Homilía en la Misa en Sufragio por los difuntos en tiempo de pandemia

Concatedral de San Nicolás, Alicante, 11 de mayo 2020

Desde aquí mismo, a finales de febrero, el Miércoles de Ceniza invitábamos al cambio de nuestras vidas, a la conversión; a volver a fondo al Señor con todo lo que esto significa y conlleva. Pocos días después irrumpía la **crisis del coronavirus**, y la Cuaresma recién inaugurada se transformaba en cuarentena que **volvía del revés nuestras vidas**.

En estas semanas, tanto sufrimiento vivido y tanta heroicidad anónima no deben quedar en el olvido, sino que debemos pedir a Dios que sean oportunidad para ayudarnos a madurar y crear el cambio que necesitamos en nuestras vidas y en nuestro mundo, desde lo que estamos redescubriendo estos días.

Nos estamos topando con el Misterio: Con **el misterio del sentido de la vida**, detrás del drama y los dramas que se despliegan ante nosotros. No debemos olvidar esto ante las constantes e impresionantes cifras de la pandemia, ante el peligro de considerar a los enfermos y fallecidos como simples números. Pues detrás de cada caso hay una vida humana, una persona con su identidad, su proyecto de vida, sus lazos afectivos y sociales, sus vivencias religiosas. No podemos perder sensibilidad, asistir indiferentes, a esos innumerables dramas.

Sin duda entre tantas situaciones de sufrimiento cabe destacar **las muertes y el duelo en soledad**. Cómo no ser profundamente sensibles a la situación de tantas personas que han muerto y están muriendo solas, sin poder despedirse de sus familias y sin que estas puedan abrazar y dar el último adiós a su padre, madre, esposo, esposa, abuelo, abuela,...Y sin que estos puedan reunirse en oración y en mutuo consuelo en la despedida de sus restos. Algo muy inhumano. Quizás, dramáticamente, único en la historia.

Tantas muertes, tantas despedidas, tantos momentos vitales sumidos en la más dramática soledad, sin los auxilios visibles de los sacramentos y la oración, sin los gestos de cercanía de los seres queridos, sin poder compartir el adiós, sin poder auxiliarse en el paso a la otra vida. Para rezar por ellos, para acoger su muerte y su dolor ante el Señor, estamos aquí en esta celebración; se lo debemos, se lo seguiremos debiendo, y lo compensamos del modo más apropiado para ellos: la oración sentida ante Dios, para que los acoja en su amor.

Ante tantas historias de estos días, después de tantas semanas, a muchos les cuesta asimilar, aún, que esta situación no sea un mal sueño, pura ciencia –ficción. Sigue siendo algo sobrecogedor, incluso apocalíptico. También para muchos les va sirviendo de purificación, de aprender más a **separar en la vida lo que vale de lo que no**, aprendiendo a reafirmarse en valorar lo que en realidad importa: **el amor**.

**Amor y unidad entre los seres humanos.** Frágiles y necesitados, como bien nos ha demostrado la pandemia. Así nos lo decía el pasado 31 de marzo Papa Francisco comentando el Evangelio de la “tempestad calmada” (Mc 4, 35). Allí, en una desierta plaza de San Pedro, en silencio, bajo la lluvia, nos hablaba el Papa a todos, sin distinción, con pena, sí, pero con esperanza. En una imagen que queda en la mente de muchos y fue portada de los grandes periódicos, allí nos dijo: nos hemos percatado de estar “en la misma barca, todos frágiles y desorientados: pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. En esta barca estamos todos”.

**Amor que se demuestra y vale, si se hace servicio.** Así nos lo recordaba, también, el Papa en su homilía el Domingo de Ramos pasado, afirmando: “el drama que estamos atravesando en este tiempo nos obliga a tomar en serio lo que cuenta, a no perdernos en cosas insignificantes, a redescubrir que la vida no sirve si no se sirve”; concluyendo: “No pensemos tanto en lo que nos falta, sino en el bien que podemos hacer... El camino del servicio es el que triunfa, el que nos salvó y nos salva, nos salva la vida”.

La gente, nuestro pueblo, ha sido sensible a valorar, y mucho, en los oficios y trabajos de servicio de estos días, no sólo la materialidad de cumplir una tarea, un oficio, sino **la entrega**, como alma que empuja y configura la tarea hacia los demás y los riesgos asumidos en su atención y ayuda.

A un virus se le combate desde el conocimiento científico, ciertamente; pero en paralelo a la investigación tiene que darse otra movilización. Los equipos de los profesionales de la salud que ante las puertas de nuestros hospitales son aplaudidos y aplauden, no sólo se les valora que sean entendidos y expertos, buenos técnicos; **tan decisiva como su preparación científica es su entrega**; el aguante y el sacrificio de que han hecho gala en circunstancias y con medios que no toca ahora recordar. Especialmente se ha valorado el poner su profesionalidad al servicio de salvar vidas, mientras han arriesgado, en no pocos casos, la suya. Sacrificios en este nivel son posibles cuando en el alma humana no sólo existen, sino que prevalecen, **sentimientos de piedad y de misericordia**.

La gente, nuestro pueblo, ha sido **sensible a la bondad**. Y no solo en los sanitarios sino también en tantos servidores públicos, en tantos hombres y mujeres que han sostenido los servicios básicos, como nuestra gente de la Iglesia, sacerdotes, religiosos y laicos, haciéndonos ver que la caridad, aquella en la que Jesús basó su vida, es lo único que tiene sentido ahora. Servir para llenar el alma de esperanza. El drama, pues, ha sido ocasión para que aflorara la gente buena, se confirmaran los sacerdotes entregados, en su vocación de servidores del Pueblo de Dios, promoviendo iniciativas, inventando con laicos y consagrados nuevos caminos para hacer que la Iglesia sea más Iglesia que nunca.

Además, en estos tiempos, hay que aprender y potenciar, desde nuestro ministerio y vuestras comunidades, el saber servir a muchos que, desde el drama de la pandemia que vivimos, se les ha despertado **el deseo de creer y la necesidad de esperar**. Y ello, para afrontar las grandes preguntas, el sufrimiento, el presente; como nos decía papa Benedicto XVI en “Spe Salvi”: “Se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de

esta meta y si esta meta es tan grande [la vida en el cielo] que justifique el esfuerzo del camino” (n.1). Más que nunca debemos ofrecer desde la Iglesia esta buena noticia, la de **la meta de nuestro caminar**, que nos muestra el Señor en los evangelios de esta última etapa del tiempo pascual.

En medio de la tragedia, demos gracias a Dios, pues son muchos los que reciben la gracia de experimentar estas duras circunstancias como un proceso hacia lo profundo, como un peregrinaje que nos cambia, haciéndonos más sensibles a algo tan propio de este tiempo pascual, **sensibles a la presencia del Señor**; presencia en las llagas de nuestros hermanos que sufren, sus llagas están presentes y vivibles incluso **Resucitado**; presencia en nuestro camino por medio de la bondad y la entrega de tantos, en los que Él se hace cercano en nuestro caminar.

Hermanos: leamos la realidad que estamos viviendo, con la ayuda y auxilio del **Espíritu Santo**, como señalaba Jesús en el Evangelio de hoy en sus últimas palabras, donde indica su poder de enseñarnos todo y recordarnos lo dicho por Él (Cfr. Jn 14, 26); **leamos a su luz el presente que vivimos como una oportunidad**. Oportunidad de mostrar corazón, como hacemos hoy en esta Eucaristía, rezando por los difuntos, nuestros hermanos fallecidos en tan duras circunstancias, y por sus familias. Oportunidad **de tener corazón**, sirviendo, entregándonos cada uno en su oficio y misión, y creando unidad en tiempos de necesidad.

Oportunidad de ir a lo importante, tomando el corto tiempo de la vida para **volver al Señor, enderezando el camino, acertando en la meta**. Como suelo decir al inicio de la Cuaresma –al principio os recordaba su inicio aquí- : no sabemos si tendremos otra, como ocasión de ordenar la propia vida, de no perderla. Vivamos todo esto que “nos está cayendo”, como oportunidad –quizás no tengamos otra- , para revisarnos y cambiar; valorar los momentos, las personas, la familia, la Iglesia. De buscar y compartir buenas noticias, creando esperanza. De agradecer, de **amar al Señor para que venga a nuestra vida** -nos decía el Evangelio de hoy- (Cfr. Jn 14, 23); y de confiar en Él, que nos salva.

Celebramos este acto de hoy en pleno mes de mayo, tiempo y circunstancias especialmente adecuadas para acudir a la **intercesión de María**, madre de Dios y madre nuestra; ante la imagen y la advocación de la Virgen del Remedio, que tenemos ante nosotros, acudimos a ella; a su amor de madre confiamos a los vivos y difuntos, confiamos nuestra salvación y la de nuestra Humanidad entera. Así sea.

✠ **Jesús Murgui Soriano**  
Obispo de Orihuela-Alicante